

«Apoyado en el respaldo de la silla, pensó en la desgracia, en el destino y en el amor. Los labios le temblaban de pura ira. Tiró el puro. Tiró también el látigo».

El bosque en floración y otros relatos

Yukio Mishima

El bosque en floración y otros relatos

Traducción del japonés
por Yoko Ogihara y Fernando Cordobés



Alianza Voces

Título original: *Suta*

Primera edición: septiembre de 2026

Diseño de colección: Manigua

Imagen de cubierta: Kazakov Maksim / Shutterstock

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



JAPAN FOUNDATION

Esta obra ha recibido una ayuda de la Japan Foundation.

This work has been published with support from the Japan Foundation.

Copyright © The Heirs of Yukio Mishima, 1941-1966

All rights reserved.

© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2026

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-292-4

Depósito legal: M-10500-2026

Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

El bosque en floración, 1941	9
Circo, 1948	51
El niño que escribía poesía, 1954	63
<i>Star</i> , 1960	81
Visita a Kumano, enero de 1965	139
Los pavos reales, agosto de 1965	207
La voz de los héroes caídos, 1966	233

El bosque en floración (1941)

«Esa mujer moría en el bosque en floración.
Esa mujer sabía que en otro lugar había un bosque
mucho más verde».

Charles Cros¹

1. Poeta francés. 1 de octubre de 1842 - 4 de julio de 1888.

Preámbulo

Desde que llegué a esta tierra he notado cómo mi corazón envejecía misteriosamente al tiempo que nutría la sensación de un profundo aislamiento. Este lugar nunca ha guardado relación alguna conmigo ni con ninguno de mis ancestros, pero quién sabe si un día no nacerá entre nosotros un estrecho vínculo, un nexo que heredará toda mi descendencia. Pensaba en ello mientras subía los angostos escalones de piedra cubiertos de musgo de la parte trasera de la casa. Conducían a un espacio de alrededor de dieciséis metros cuadrados imposible de disfrutar a no ser como observatorio panorámico. Cada vez que subía allí en busca de un poco de soledad el silencio calaba despacio en mi alma, liberaba mi mente de pensamientos y después solo quedaba espacio para una ardiente nostalgia del pasado.

Desde allí arriba se abarcaba de un único vistazo la estrecha bahía rodeada por una cadena montañosa en cuyo seno se asentaba el pueblo. Por la mañana y por la tarde, en el muelle situado en un extremo a las afueras, atracaba y zarpaba el vapor que

conectaba el pueblo con la gran ciudad y hasta aquí arriba llegaba el enervante silbido de la sirena. Al anochecer, el barco iluminado, diminuto como un dedal, ponía proa a alta mar y daba a toda máquina. Yo contemplaba el temblor de esas minúsculas luces como los extremos incandescentes de las barritas de incienso, y no podía por menos que desesperarme por su lentitud.

Volvía a menudo sobre mis recuerdos y al hacerlo comprendía su insignificancia, su inutilidad. Llevado por mis prejuicios pensaba que volver a las cosas del pasado era como habitar las cáscaras vacías de vidas anteriores. A veces las confundía con frutas saborosas que se extendían hacia el futuro, pero en realidad no eran si no el efímero consuelo de quien ha perdido el vigor, quien se ha perdido en el presente.

Esas afirmaciones tan categóricas, típicas de una juventud febril, se remontan a algunos años atrás, a un tiempo en que los prejuicios todavía determinaban mi modo de pensar aun cuando no me demoraba mucho en ocuparme con reflexiones completamente distintas.

Los recuerdos se convirtieron para mí en la prueba más esencial del presente. Sentimientos como el amor o la devoción resultaban demasiado inocentes para esa realidad porque podía identificarlos en la realidad cotidiana, de manera que sentía la necesidad de acudir a los recuerdos para reconocerlos y darles así su justo significado. Los recuerdos eran una fuente que había descubierto después de revolver montones de hojas, una fuente donde por fin se reflejaba la bóveda celeste.

Todos tenemos multitud de ancestros. Habitan en nuestros cuerpos, en nuestras almas bajo la forma de una pasión fabulosa. No obstante, en ocasiones abandonan su morada y se yerguen

delante nuestro a una distancia tan terrible como tormentosa. Otras veces los encontramos por las vías más misteriosas. Tal vez haya quienes apenas lo sospechan, pero la realidad es esa.

En esos días espléndidos en los que la luz del sol se filtra a través del follaje de los árboles, salimos a pasear y nos acercamos al parque. Después de atravesar la cancela nos entregamos al placer de sumergirnos en esa atmósfera de paz y dejamos que los amplios espacios desiertos despierten en nosotros una sutil nostalgia. Los dedos aprietan la empuñadura del bastón de paseo que, de pronto, ha dejado de sernos de utilidad y llevamos solo por si acaso. Su superficie recuerda entonces el tacto del yelmo de la armadura de la familia que, en un pasado lejano, se nos permitió acariciar durante uno o dos segundos.

Es en estos momentos señalados por el destino cuando a menudo sucede algo.

Lejos, en un banco junto al estanque sobre cuya superficie juegan los rayos del sol, alguien descansa, inmóvil. De pronto, el hombre se vuelve hacia nosotros y sin razón aparente se levanta y sonríe feliz. Poco después camina con paso decidido en nuestra dirección, como si atravesase la luz destilada por las hojas de los árboles. Contemplamos la escena llevados por una excitación infantil, convencidos de haberlo visto ya. Pero superada una cierta distancia, esa persona afable que se diluye como un pez en el agua azul, se disuelve de improviso bajo la luz del día. Mi descripción evocará, tal vez, la imagen de un viejo distinto vestido con un elegante quimono rematado con emblemas nobiliarios. En realidad, esa imagen que puede resultar muy sugerente y apropiada es extraña. Casi siempre se trata de un joven con chaqueta y corbata o de una mujer joven. No se les puede asignar una fisionomía precisa, pero nos damos cuenta de que,

como si se hubieran puesto de acuerdo, presentan todos el mismo semblante digno y sobrio. Dirigen hacia nosotros su mirada desde muy lejos, como atraídos por alguna clase de imán que ocultásemos en nuestro interior. La sonrisa revela un deseo, un anhelo conmovedor cercano a la adoración...

¿Desde cuándo habitan en nosotros los antepasados? Nuestros corazones están hoy ocupados con una enorme cantidad de asuntos y no encuentran un rincón donde instalarse. Con su aspecto triste dan inquietantes vueltas y más vueltas a nuestro alrededor como si se tratase de las agujas de un reloj. Jamás imaginaron un tiempo en el cual la belleza y la solemnidad pudieran separarse tanto, y esa brecha tan dolorosa los aflige como si se tratase del instante mismo en el que el cielo y la tierra se separan. La solemnidad, sin embargo, solo puede tener la naturaleza de una roca áspera y dura. La belleza, por su parte, es un magnífico caballo a la fuga. Quizá durante un tiempo relinchó dócil y orgulloso bajo el cielo neblinoso de la mañana y solo entonces fue manso. Pero hoy la solemnidad ha soltado las riendas permitiendo de ese modo que se lance al galope. Es así como el majestuoso corcel ha caído en numerosas ocasiones en su galope tendido, solo para levantarse de nuevo y reemprender una carrera enloquecida. Sin embargo, ya no es puro. El barro ha terminado por ensuciar su pelaje.

Es extraño, sin duda, pero incluso en estos tiempos hay quienes sueñan con ese caballo blanco inmaculado. Los ancestros buscan a esas personas y, cuando las encuentran, se infiltran despacio en sus almas iniciando así una espléndida y noble vida en común, alimentada por una verdad interior.

En nuestro mundo vertiginoso la verdad debería vestir ropajes esenciales. Perezoso y reticente hasta ahora, tiene que

recuperar su magnífica determinación. Los ancestros esperarán pacientes a ser saciados con el dulce alimento de esta nueva verdad. Sabrán hacerlo sin dejarse influir por el transcurso natural de los acontecimientos, sin abandonar nunca su seráfica pasividad.

La pasividad es el esplendoroso momento de tensión de cada logro, el momento en el cual el ocaso, entre el miedo y el ansia, emite su máximo resplandor antes de la invasión de la noche; el momento en el que las cosas quieren mantener inalterado su aspecto, conservar su «perfección» el mayor tiempo posible; es el inigualable instante de tensión del agua agitada cuando recupera la inmovilidad.

La pasividad es un instante inmortal, es el tiempo de la eternidad.

1

En la casa donde nació alcanzaba a oír, bien entrada la noche, el pitido de los trenes. Para un niño incapaz de conciliar el sueño por el terror que le producían las intrincadas vetas de la madera de los tablones del techo, los pitidos resultaban demasiado débiles como para considerarlos un ruido y, más bien, le resultaban una dulce melodía familiar. En la lejanía se alzaban inesperadamente las voces de la capital. La niebla del otoño cruzaba la cancela trasera como una manada de animales blancos. Como el humo de fuegos artificiales silenciosos al extenderse en todas direcciones. Envueltas en esa sutil niebla, las flores de las campanillas se blanqueaban tristemente como el estampado de un futón de lino...

El niño, en su solitario descanso, se afanaba por cruzar el umbral de alguna de las aberturas del sueño. Allí los sonidos de la

realidad mutaban en visiones oníricas y era así como el pitido de los trenes se transformaba en una tempestad de otoño que al final del día dejaba tras de sí los campos con el sonido de una flauta. Le venía a la mente la imagen de una pequeña estación en las regiones del norte donde ya había empezado a nevar. El tren, cargado de cajas de manzanas verdes y salmones llegados de un mar todavía más lejano, salía de la estación. Una chica abrigada con una bufanda se calentaba junto a la estufa situada en mitad del vagón. A su lado, un viejo con un gorro de piel de nutria marina con orejeras. Veía aquel tren avanzar indiferente a la tristeza, correr libre para cruzar un pueblo moteado de camelias florecidas a destiempo, para cruzar después una ciudad industrial decadente plagada de fábricas de cuyas chimeneas apenas brotaba ya el humo. Al otro lado de la empalizada de madera quemada de la pequeña estación, entre la niebla y sobre el resplandor blanquecino de las vías, la gran locomotora exhalaba resoplidos continuos, lista para partir. La niebla desprendía un olor a incienso...

Cuando el padre llevaba al niño a la ciudad se preocupaba por atender siempre sus peticiones y le dejaba quedarse un rato junto a la valla, al otro lado de las vías. Más allá, sobre un fondo oscuro, refulgían infinidad de neones, alguno de los cuales recordaba a la luz declinante del ocaso o al destello de una estrella caprichosa.

Como la gente de los países del sur cuando ovacionan a un elefante al pasar, el niño saltaba y reía en brazos de su padre cuando circulaba un tren...

Por aquel entonces soñaba a menudo con el tranvía. Su casa era grande, con amplios suelos pavimentados y una enorme cancela de hierro cerrada por un muro de ladrillo. Delante de la puerta pasaba un estrecho y oscuro sendero. En sus sueños,

el tranvía recorría el sendero. Se trataba de un convoy sin pasajeros y sin conductor que llegaba de una luminosa avenida situada en un mundo antiguo y desconocido —la luz cegadora parecía vertida de un balde— y cruzaba impetuoso la estrecha calle. El niño oía con toda claridad el chirrido de las ruedas como si fuera el rechinar de dientes de un enfermo. La oscuridad se hinchaba como una tienda de campaña. Alrededor del tranvía de ventanas vacías espléndidamente iluminadas se mecían estrellas rojas y verdes como las chispas de un molinete de hojalata. El viejo tranvía, con el aspecto de un tren de juguete, hacía un ruido espectacular al pasar por delante de la puerta, por una calle por donde se suponía que no podía circular... El niño aguzaba el oído y, de pronto, ya no oía nada. Después surgía de nuevo el pitido lejano de un tren nocturno cuando el tranvía ya había descendido a la velocidad de una estrella fugaz por la cuesta a la izquierda de la casa. Para entonces ya debía de haber doblado con todo su ímpetu la esquina donde se levantaba la torreta de vigilancia contra incendios con los *shojis* cerrados a esa hora de la noche, tras cuyos traslúcidos papeles amarillentos se adivinaba una luz encendida. El niño se había despertado en algún momento. El segundero del reloj de pared hacía un ruido similar a un tartamudeo. Durante unos instantes los objetos de la habitación se le antojaban nobles y desconocidos, como si fueran parte de un tesoro. El reloj dio la hora. La atención que prestaba el niño a su sonido terminó por devolverle al territorio del sueño...

Quien estuviera de pie frente a la gran puerta de hierro de la casa, tratando de imaginar la vida al otro lado, no podría por menos que experimentar una violenta repulsión. La puerta de hierro forjada con arabescos tan solo permitía ver el jardín

delantero perfectamente delimitado similar a una enorme teja. La casa que se elevaba más allá proyectaba hacia quienes observaban desde fuera una imagen de arrogancia, de fatalidad. El muro de ladrillo ocultaba el resto del edificio e incluso absorbía el perfume de las flores y el sonido de las risas.

Mi padre no solía quedarse en la casa principal. Se había hecho construir una suerte de refugio junto a un gran invernadero dividido en tres secciones. Entre la casa principal y el refugio mediaba una gran extensión tapizada de flores y un huerto de frutales con parras y perales. Con la llegada del verano, nubes de avispas se arracimaban en torno a las uvas y se posaban en las grandes hojas de la parra para descansar sobre ellas. Sus alas y el vello que recubría sus cuerpos resplandecían como agujas afiladas de oro, mientras en sus grandes ojos se reflejaban las nubes de verano...

La casa principal la ocupaban mi madre y mi abuela. A pesar de mi corazón infantil sospechaba ya que, en realidad, mi padre y mi madre vivían separados, pero por la noche, cuando la abuela se dormía vencida por los dolores, cuando las garras del sueño me atrapaban a mí también, abría los ojos de vez en cuando para espiar los movimientos de mi madre y la veía calzarse las sandalias de madera que usaba para salir al jardín y apresurarse hasta donde estaba mi padre arrastrando tras ella en las noches de luna llena su larga sombra que cruzaba como un fulgor el huerto de los frutales. En momentos así —¿debido a mi malicia, quizá?— me sentía feliz al descubrirla sin que ella se diera cuenta y, a pesar de una gran excitación, me esforzaba por comportarme como un buen niño tranquilo en el más amplio sentido del término.

La abuela padecía neuralgias y los agudos dolores, acompañados de inevitables espasmos, provocaban que pareciese estar

poseída. Tan pronto empezaba a escuchar los tristes lamentos, el dolor se desbordaba como una onda invisible sobre los objetos del cuarto, sobre la bandeja para el tabaco, la caja de las medicinas, el incienso y, en un instante, la totalidad de su cuarto quedaba bloqueado por una tensión paralizante. Después, cuando la crisis desaparecía con la misma imprevisión con la que se había presentado, como el rocío de las montañas, el cuarto con todos sus objetos, el incensario, una pequeña cesta de bambú, los frascos de las medicinas, se sumergía bajo un lamento grave y monótono. Quien no ha vivido una experiencia así no puede imaginar siquiera el poder de transformación de un lamento. Sin embargo, cuando los espasmos se prolongaban durante todo el día, a veces durante varios días seguidos, se producían fenómenos mucho más impresionantes. En ocasiones así la «enfermedad» se apoderaba de la casa entera.

«Niño, acércame la medicina», decía mi abuela al despertar. La voz que brotaba de aquella garganta envejecida era al tiempo dulce y melancólica, como los trazos difusos de un pincel. No obstante, el esfuerzo por mantener una postura fatigosa despertaba de nuevo los lamentos. Siempre tomaba las medicinas en un vaso de vino. Yo, arrodillado en el suelo de tatami, inquieto frente a semejante responsabilidad, le abría los frascos. Todavía hoy recuerdo el ruido de los tapones de corcho al saltar. El precinto de papel del cuello de los frascos hacía un extraño y ridículo ruido seco al romperse en el cual advertía algo indefinido, una especie de presagio. Después inclinaba el frasco lleno con una medicina de un fuerte olor como el del vino y vertía su contenido en la copa. Sabía que no debía exceder la dosis, era consciente de mi habilidad para realizar ese movimiento con suma facilidad, casi sin pensarlo y, aun así, era incapaz de superar una cierta rigidez. En una ocasión, recuerdo,

el líquido no llegaba a salir del recipiente, como si se hubiese topado en su camino con un obstáculo invisible. Agité el frasco con cuidado y después lo miré al trasluz. No había nada. Volví a inclinarlo sobre el vaso, pero el líquido seguía atascado. Al cabo de un rato comprendí. Al alcanzar determinado ángulo, la articulación de mi muñeca se bloqueaba como si fuese el mecanismo de una puerta que, abierta del todo, hiciera resistencia. Sería cosa de superstición o simple sugestión, pero el caso es que de pronto sentí el furioso e incontrolable latido del corazón. Las manos me empezaron a temblar peligrosamente y fui incapaz de inclinar más el frasco. Fue entonces cuando vi con toda claridad en su interior a la bestia de la enfermedad. Era diminuta, dormía con el mentón apoyado en las rodillas encogidas ajena al mar de medicina que lavaba su cuerpo.

Iba a contemplar los cascos, las armaduras y las largas espadas parecidas a velludas piernas ennegrecidas guardadas en las viejas estancias al fondo de la casa principal. Cuando volvía, en el pasillo que llevaba hasta la cocina, la sirvienta se separaba de mí. Según ella a partir de ese punto ya no tendría miedo y se marchaba, pero lo cierto era que precisamente en ese lugar era donde el miedo me atacaba. Fuera como fuera, me daba vergüenza admitirlo y me limitaba a lanzarle una mirada de súplica. A pesar de ello, la sirvienta ni siquiera se daba media vuelta para dedicarme una mirada. Tres o cuatro habitaciones antes de llegar a la de mi abuela, un único pasillo que recorrer, tres esquinas que doblar. Temblaba de miedo. En el oscuro corredor por donde se colaba la brisa recio y luminoso del mediodía, echaba a correr a la misma velocidad del viento. Seguro que detrás de alguna de las esquinas se escondía «la enfermedad» y también ella parecía tener una terrible prisa. Era mucho más alta que yo y nunca lograba verle la cara. Solo lo hice en una ocasión y en